

PETRA BIENVENIDO

CODEX UMBRARUM



Título: Codex Umbrarum

Primera edición: mayo, 2026

© 2026, del texto Marcos Manuel Villar.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Concepto e idea original de portada: Antía y Laura Saiz Lozano.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1652-2026

ISBN: 979-13-88290-02-2

*Para Anabel, mi hilo rojo.
A Platero Editorial, por creer.
Y para quienes, con su presencia constante,
hacen que las historias cobren vida.*

Querido lector:

Hay lugares en el mundo donde el velo entre lo real y lo que yace oculto es peligrosamente fino. Galicia, mi tierra, es uno de ellos. Aquí, la bruma no es solo humedad marina; las leyendas de las *meigas* y los antiguos ritos no son cuentos para asustar niños.

A veces, la historia que se niega a morir susurra al viento y se adhiere al frío como un aliento de tradiciones, ecos que el tiempo no ha logrado silenciar. Esta novela nace de esos susurros. Es un viaje a la fina línea donde la investigación tropieza con lo inexplicable y donde la voluntad humana es el último refugio frente a un anhelo ancestral.

Si alguna vez has sentido el frío de la noche gallega en pleno verano, si el graznido de un cuervo te ha parecido un aviso o si la simple quietud de un bosque te ha revelado un secreto, quizás ya estés preparado.

Abre estas páginas con la mente despierta, pero el alma atenta. A menudo, la verdad es más extraña y rotunda que cualquier ficción.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. O no.

Te deseo una lectura inquietante.

Bienvenido.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	13
CAPÍTULO II.....	17
CAPÍTULO III.....	21
CAPÍTULO IV.....	29
CAPÍTULO V.....	43
CAPÍTULO VI.....	49
CAPÍTULO VII.....	55
CAPÍTULO VIII.....	65
CAPÍTULO IX.....	79
CAPÍTULO X.....	83
CAPÍTULO XI.....	89
CAPÍTULO XII.....	95
CAPÍTULO XIII.....	101
CAPÍTULO XIV.....	109
CAPÍTULO XV.....	113
CAPÍTULO XVI.....	117
CAPÍTULO XVII.....	127
CAPÍTULO XVIII.....	135

CAPÍTULO XIX.....	139
CAPÍTULO XX	147
CAPÍTULO XXI.....	151
CAPÍTULO XXII	159
CAPÍTULO XXIII.....	165
CAPÍTULO XXIV.....	173
CAPÍTULO XXV	181
CAPÍTULO XXVI.....	193
CAPÍTULO XXVII	201
CAPÍTULO XXVIII.....	207
CAPÍTULO XXIX.....	219
CAPÍTULO XXX	225
CAPÍTULO XXXI.....	231
CAPÍTULO XXXII	235
CAPÍTULO XXXIII.....	241
CAPÍTULO XXXIV	247
CAPÍTULO XXXV	253
CAPÍTULO XXXVI.....	259
CAPÍTULO XXXVII	263
CAPÍTULO XXXVIII.....	273
CAPÍTULO XXXIX.....	281

A estos doce envió Jesús después de instruirlos, diciendo: No vayáis por el camino de los gentiles, y no entréis en ninguna ciudad de los samaritanos. 6 Sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. 7 Y cuando vayáis, predicad diciendo: «El reino de los cielos se ha acercado». 8 Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. 9 No os proveáis de oro, ni de plata, ni de cobre para llevar en vuestros cintos, 10 ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de sandalias, ni de bordón; porque el obrero es digno de su sostén.

—Mateo 10:5-10

En 1206, san Francisco empezó a llevar una vida religiosa centrada en la pobreza y la caridad. El 16 de abril de 1208, el noble italiano Bernardo de Quintavalle se interesó por su forma de vida y se reunió con él en Porciúncula. Juntos leyeron Mateo 19:21, Mateo 16:24 y Lucas 9:3. San Francisco decidió que aquellos versículos fuesen la base de las reglas de su orden, de la que Bernardo fue el primer hermano. El 24 de febrero de 1209, festividad de san Matías, escuchó en misa el texto del Evangelio de Mateo 10:5-10 y dejó de usar el bastón y las sandalias.

CAPÍTULO I

DE FRAY MARTIÑO Y XOÁN, EL HILO INVISIBLE

Viernes, 7 de septiembre de 1387

—Este es el sitio, querido Xoán —dijo fray Martiño, oteando en derredor.

Xoán asentía, abriendo los ojos con desmesura mientras rodeaban el pequeño islote.

—Aquí levantaremos nuestra casa. Sí, ¡es perfecto! —dijo el fraile, moviendo la cabeza con una sonrisa—. Recogimiento y oración, *ora et labora*... Sí, Xoán, aquí.

Miró al cielo con profunda gratitud mientras se arrodillaba y tocaba la tierra con reverencia. Soplaban un *nordés* calmoso, fresco y seco, sosegando las cálidas temperaturas. Traía consigo el característico olor a salitre y, de cuando en cuando, ráfagas que inundaban de delicioso hinojo y laurel la isla al completo. Reinaban la paz y el silencio, quebrantados solo por el batir de las olas contra las rocas y el grito de alguna gaviota solitaria que se encaraba, desafiante, al susurro del viento.

El padre Martiño era un fraile franciscano de profundas convicciones. Su vida giraba en torno a la oración, el estudio y el trabajo, con el mayor de los respetos y cumplimiento a los votos de pobreza, obediencia, castidad y caridad. Xoán, por su parte, era un noviciote joven; no tan mancebo como se acostumbraba a ingresar en la orden, sino alto y larguirucho como un

día sin pan. Un poco desgarbado, con grandes ojos expresivos que reflejaban una sincera inocencia y admiración por el fraile.

Fray Martiño pertenecía a la comunidad gallega de los Frailes Menores (*Ordo Fratrum Minorum*), la rama mayoritaria de la Primera Orden de San Francisco. Nativo de Erizana, tierras miñoranas, había nacido en Monte Boi —la actual fortaleza de Monterreal, en Baiona— a mediados del siglo XIV.

Su vida, aunque lo desconociese, había sido miserable y llena de estrecheces; holgada en trabajo, parca en comida. Como tantos otros niños de su tiempo, se había criado con su madre trabajando la tierra y atendiendo al ganado. No recordaba a su padre ya que, según Mencía, su protectora madre, había salido un día al mar, a pescar; el tiempo era bueno, pero nunca se supo qué pudo pasar... No se volvió a saber de él ni del bote en que faenaba. Así, desde muy pequeño, su cometido había sido ayudar a su madre en Monte Boi, trabajando para el señor de la fortaleza. Miseria y miseria, de eso sobraba.

La vida en la villa no era precisamente plácida, aunque sí monótona. Levantarse con las primeras luces del día, orar, llevarse a la boca lo que hubiese y acompañar a su madre en las labores del campo y de los animales, de sol a sol, hasta que, derrengados, tornaran a su modesto hogar.

Era una casita pequeña, de anchas paredes de piedra con una única estancia y un minúsculo ventanuco a la izquierda, desde donde se apreciaban las ramas de un frondoso castaño. Una buena *lareira* enfrentada a la puerta proporcionaba el calor de hogar. El techo, formado por troncos a modo de viga atravesados por palos finos donde se apoyaba la paja, les separaba de las estrellas.

La luz, siempre tenue, se filtraba moteada por las hojas del castaño. El olor a humo de la *lareira* se impregnaba en la ropa y en el aire, acompañando el crepitante sonido del fuego en claro contraste con la fría piedra de paredes y suelo. La familia era lo básico; en su caso, solo Mencía y Martiño.

Mencía le decía que rezase con devoción, que se concentrase en sus peticiones al Altísimo para salir de allí y alcanzar una vida mejor, y no

tener que ir al mar como su padre. Era preferible ser religioso; antes de quedarse como jornalero o marinero, no había que pensarlo. Así que Martiño rezaba a todas horas, pidiéndole al Redentor que lo ayudase a ser un hombre de Dios.

Curiosamente, y contra todo pronóstico, Martiño sabía leer. La fortaleza era frecuentada por unos franciscanos que visitaban al señor. Uno de ellos, primo o algo cercano al patrono, acostumbraba a sentarse junto al pozo del agua. Se extasiaba contemplando el mar Océano fundirse con el cielo en un impreciso horizonte. El religioso transmitía un aura de calma, una sonrisa serena que invitaba a la confianza.

Abajo quedaba la playa de los Frailes, esa minúscula cala de conchas y rocas con su agua yodada, ideal para tomar baños de pies en verano y deshinchar los tobillos. El fraile permanecía allí, hipnotizado por cómo rompían las olas en los bajos, maravillado por las ondas y el sonido de las aguas, solo quebrado por las gaviotas al soltar mejillones sobre las rocas para devorar su interior.

Tras un rato de placidez, empezaba a ser rodeado por una caterva de pequeños y míseros hijos de labradores que le pedían algo de comer y un cuento. El fraile sonreía siempre. Sacar un par de hogazas de buen pan bajo el hábito y escuchar los vítores de los pequeños eran todo uno. El olor del pan fresco excitaba a la marabunta que saltaba y se empujaba por ser los primeros. Repartía generosos trozos a diestro y siniestro. Cuando no quedaban hogazas, sacaba un librito que agitaba al aire. La chiquillería estallaba en algarabía hasta que se hacía el silencio para escuchar la historia del día.

Martiño dejaba a su madre y corría hacia allí. Mencía, sobrecargada de trabajo, sonreía viendo el interés de su hijo. Al terminar, todos desaparecían, pero Martiño permanecía mirando al fraile, atento, por si leía algo más. El religioso le miraba de soslayo, complacido.

—Hola, Martiño, ¿te ha gustado esta historia?

—Sí... mucho.

—¿Quieres más?

—Sí...

—¿Qué edad tienes?

—Diez... años... —contestaba siempre lo mismo, pues lo desconocía.

—¿Te gustaría aprender a leer?

Martiño abrió los ojos como si le hubiesen asustado. Jamás había pensado en esa posibilidad.

—Sí... pero...

—No te asustes, es sencillo, pero requiere práctica. Ten. —Le ofreció un pequeño libreto y un carboncillo extraídos de bajo el hábito—. Empezaremos por las letras. Aprenderás el abecedario hasta la próxima vez.

Martiño llegó a casa henchido de orgullo. Le faltó tiempo para mostrarle a su madre el libreto, cantarle la correspondencia fonética y explicarle que tendría que practicar cada día. Mencía no cabía en sí; que su hijo aprendiese a leer excedía sus mayores anhelos.

El niño resultó ser espabilado y observador. Memorizaba cada letra y, en el campo, tomaba un palito para dibujarlas en la tierra. Mencía, satisfecha, le recordaba tras un rato que siguiese a la faena para no enfadar al patrón. Así, Martiño tornaba al trabajo mientras deletreaba a viva voz el abecedario. Tras las letras vinieron las sílabas, las palabras y las frases. El fraile gozaba con la escrupulosidad de su alumno y comenzó a facilitarle libros.

Hasta que un atardecer, la silueta del fraile se recortó en el umbral de la casa, a contraluz.

—Buenas tardes, señora, ¿se puede?

—Adelante, padre, adelante... —respondió rauda Mencía.

—Le extrañará mi visita, pero Martiño es un alumno excelente. Ha aprendido con rapidez y comprende lo leído asombrosamente bien. Creemos que debería ingresar sin dilación en el monasterio para su formación, incluso el noviciado.

Martiño empezó a dar saltos de alegría, sin disimular lo crío que aún era. A Mencía se le saltaron las lágrimas. Lloraba de gozo por el futuro de su único hijo, por esa oportunidad del Altísimo, pero lloraba de pena porque, tan pronto, se quedaría sola en la vida.

CAPÍTULO II

BAJO EL SIGNO DE LA TAU

En el señorial convento de San Francisco de Pontevedra, construido casi en su totalidad entre 1310 y 1360, moraban los frailes visitantes de la fortaleza de Monte Boi. Cuenta la leyenda que fue fundado por el mismísimo Francisco de Asís al recorrer la ruta portuguesa del Camino de Santiago, con el favor de los herederos de Paio Gómez Chariño —el trovador y almirante—, y levantado sobre terrenos de la casa de Soutomaior, extramuros de la ciudad. Hasta allí, con la anuencia y el dolor de corazón de Mencía, en la primavera de 1371, llevaron a Martiño.

Cuando atisbó el edificio, el muchacho se quedó petrificado. Jamás en su corta existencia había visto algo semejante. Al cruzar el umbral, el aire dentro era distinto: más fresco y con un olor a piedra antigua y cera que nunca antes había percibido. Las palabras no bastaban para describir la magnificencia de tal lugar. Enorme, largo, alto... todo parecía haber sido hecho a lo grande, y aún continuaban las obras.

—¿Qué te parece, Martiño? —dijo el fraile, sonriente ante la expectación del chiquillo.

—Es que es... es que es... no sé ni qué decir... Gigante, bonito...

—Es tu nueva casa, Martiño —dijo fray Orsio, señalando la iglesia—. Aquí aprenderás, estudiarás y descubrirás tu vocación.

Martiño asentía mecánicamente, anonadado, sin dejar de observar el enorme edificio ante la mirada divertida de los monjes.

Ingresar en la orden conllevaba un proceso riguroso. El primer paso era el noviciado, un periodo de formación bajo la supervisión de un

superior, en este caso fray Orsisio. Si el joven mostraba valía, se le invitaba a hacer los votos temporales de pobreza, castidad y obediencia. Finalmente, si el compromiso persistía, llegaban los votos solemnes, permanentes, que le permitían ser miembro de pleno derecho y, llegado el caso, ser ordenado sacerdote.

Martiño se sintió a gusto desde el primer momento. Aquel edificio sobrio, donde la parquedad rozaba el extremo, le resultaba cálido. En el convento residían cerca de medio centenar de frailes, aunque jóvenes como él había muy pocos. Fue bien acogido; el que más y el que menos se mostraba solícito.

Otro novicio poco mayor que él se presentó sonriente y lo acompañó a su celda, en la zona de clausura de la primera planta.

—¿Estarás cansado, no? —preguntó el novicio mientras subían la escalinata, dando vueltas sin parar a una pequeña pulserita con una cruz de madera.

—Un poco sí... tanto andar... —Gesticuló el chiquillo.

—Bueno, esta es la parte de clausura, aquí están casi todas las celdas —dijo mientras señalaba la planta y volteaba con la mano izquierda el rosario—. Ya irás conociendo de quién es cada una...

Martiño miraba las puertas, todas iguales y cerradas, y se fijaba en el rosario, que giraba a una velocidad asombrosa. Al fondo, la penúltima puerta a la izquierda escondía su celda.

—Esta es —dijo abriendo la puerta—. Acomódate, en breve llamarán. Oye, soy André, voy a hacer los votos temporales; cualquier cosa, búscame...

—¿Mi celda...?

Martiño no atinaba a responder; le podía la curiosidad. André se fue y él accedió a su morada. Era pequeña y sencilla: un camastro, una mesa, una silla, un oratorio y un par de estantes. Las paredes estaban encaladas de un blanco refulgente y sobre la mesa había un grueso velón a medio uso. Austera, pero encantadora. Martiño sonreía pensando en lo orgulloso que estaría su madre si lo viese allí; sin poder evitarlo, una lágrima resbaló por su mejilla.

En el convento, cada cargo tenía su alma. El guardián era fray Toribio, un anciano de pelo blanco y mirada casi ciega, pero de una inteligencia recta y severa que conducía la comunidad con mano férrea. Era un orador incansable y un lector empedernido que siempre encontraba un rato para los recién llegados. El sacristán, fray Mamerto, era un hombre tan viejo como el superior, de mirada dulce pero un auténtico cascarrabias. Sordo y gruñón, se decía que su sordera era selectiva: si la conversación no le interesaba, te ignoraba por completo, hacía la señal de la cruz y se marchaba rezongando con una sonrisa burlona. Por el contrario, fray Antón, el predicador, era pura alegría. Tenía el acento más gallego que cualquier gallego de pura cepa pudiera conseguir y se desvivía por impartir catequesis a los mozalbetes de la zona con una energía inagotable. Y el bibliotecario, fray Tarsicio, era un joven cultivado que pasaba horas entre manuscritos.

El horario era un régimen estricto de oración y trabajo. Se respetaban las siete horas canónicas: maitines y laudes (oración nocturna y al amanecer), prima (6:00), tercia (9:00), sexta (mediodía), nona (15:00), vísperas (atardecer) y completas (antes de dormir). Las horas mayores obligaban a reunirse en la iglesia; las menores se rezaban donde cada uno se encontrase.

Pronto su oído se afinó a los ecos de los pasos arrastrados por los pasillos de piedra, al murmullo constante de oraciones y a ese tenue olor a incienso que parecía haberse adherido a las propias paredes del claustro. Su vida quedó pautada por el rigor de las siete horas canónicas, un reloj de rezos que no entendía de descansos. Desde el sobresalto de los maitines en plena madrugada hasta el silencio definitivo de las completas antes de dormir, el tiempo en el convento ya no se mediría en horas, sino en la entrega absoluta a la liturgia. Al principio, el tañido abrupto de las campanas le arrancaba del sueño con una brusquedad que le dejaba el aliento en suspenso. Sin embargo, en poco tiempo, su cuerpo comenzó a anticiparse al llamado, casi como un pulso más de la vida conventual.

Aquella primera noche, abrió los ojos sobresaltado y necesitó unos segundos para recordar dónde se encontraba. Le invadió una alegría interior, una fuerte sensación de paz. No sería mucho más allá de las dos o tres de la madrugada. Se puso el hábito marrón por vez primera; la tela áspera le rozaba la piel a cada movimiento. Ató a su cintura el cordón con los tres

nudos, que simbolizaban los votos de pobreza, castidad y obediencia, y se calzó unas modestas sandalias. Sintió cómo, silenciosamente, los hermanos salían de sus celdas en dirección a la iglesia para cantar los primeros himnos de la mañana.

Tras el oficio, fue tonsurado. La tonsura era un ritual que simbolizaba la consagración a Dios, representando la corona de espinas de Cristo. Bajo la supervisión de fray Orsio, el cabello de Martiño fue cortado, dejándolo con aquel aspecto tan característico que a él mismo le resultaba cómico. Pero se sentía feliz.

André permanecía muy cercano a él, mirándolo sonriente y, sin poder disimular, girando una y otra vez la tau franciscana en la mano izquierda. Al finalizar el rito, los hermanos se dirigieron a sus quehaceres. André se acercó y le palmeó afablemente la espalda.

—¡Bienvenido, Martiño! ¡Ya eres un auténtico novicio!

—Sí, sí —contestó Martiño, fijando su mirada en el pequeño rosario.

—André, ¿qué es eso? —preguntó curioso, señalando la Tau.

—¿Esto? Es la tau franciscana.

—¿La Tau franciscana? —se extrañó Martiño.

—¿No sabes qué es? —Sonrió André—. Normal, lo aprenderás en teología. La tau es la última letra del alfabeto hebreo y se considera un signo de conversión y señal de la cruz por Nuestro Señor Jesucristo...

—Martiño abría los ojos con agrado, admirado por las explicaciones—. Nuestro fundador, san Francisco de Asís, la usaba como su firma y sello personal, por eso la orden la adoptó como símbolo representativo.

—¡Cuánto sabes, André! —dijo un Martiño embelesado.

—No, claro que no, Martiño. Pronto sabrás lo mismo que yo, y tendrás la tuya propia para tus oraciones...

André se despidió con un ligero toque de cabeza. Martiño también se marchó, aunque no sabía muy bien adónde debía ir, obnubilado todavía por su tonsura y el misterio de aquel signo de madera que André no dejaba de girar.

CAPÍTULO III

LUNA NUEVA

Jueves, 11 de julio de 1991

Ring, ring, ring, ring. El teléfono tipo góndola color beige algo descolorido retumbó en la oficina.

—Guardia Civil de Tomiño, dígame... —contestó el guardia de puertas con la camisa del uniforme aún rígida de nueva mientras se enderezaba en su silla—. Vale, vale, de acuerdo, de acuerdo. —Asintió con la cabeza—. ¿Hoy, dice? Se lo digo al comandante de puesto.

Brais Mariño era un guardia civil eventual de la última hornada, recién llegado a la unidad. Escasas tres semanas antes, el 21 de junio, había terminado su formación en la Academia de Guardias de la Guardia Civil de Baeza, 96.^a Promoción. Como contaba con un buen número de escalafón, había entrado en la tanda de los primeros quinientos de los algo más de cuatro mil alumnos de promoción, pudiendo elegir así la 614.^a Comandancia, Pontevedra. No era fácil entrar de buenas a primeras en Pontevedra, no. Para nada.

Así que, después de unos días de permiso tras los meses jiennenses, se había incorporado como guardia eventual en el Puesto de la Guardia Civil de Tomiño. Ahí no había tenido opción. Telefonó a la comandancia para informarse, le pidieron el número de DNI y le confirmaron su destino en la unidad de O Baixo Miño.

—¿Y no hay más puestos? —preguntó Brais a su interlocutor en la comandancia.

—Sí, hay más, sí.

—¿No puedo ir a otro... con más movimiento?

—No.

—Pero...

—Si no está de acuerdo, los veinticinco de cada mes se publican las vacantes, altas y bajas, en movimiento interno de la comandancia...

—¿Y eso?

—Lo que le digo, movimiento interno...

—Vale, estaré al tanto...

—Pero debe esperar mínimo tres meses antes de solicitar movimiento interno...

—¿Tres meses?

—Tres meses.

La voz del interlocutor resultaba anodina en exceso. Brais optó por no remover el avispero e incorporarse en la unidad que le habían asignado. Es lo que hay, y con la Guardia Civil pocas coñas.

—Muchas gracias.

Las suyas. —Fue la rauda contestación del interlocutor, colgando el teléfono.

Natural de San Paio de Navia, Vigo, iba a cumplir veinte años. Había estudiado BUP y COU con buenas calificaciones, matriculándose en la Escuela de Ingenieros Técnicos Industriales de Vigo en Torrecedeira —«peritos» para el resto de mundanos— y desistiendo después al haberle salido trabajo en la factoría de Citroën. Normal, el sueldo es el sueldo. Joven, salario decente y viviendo en casa de mamá y papá en San Paio... pues va a asistir a clase en Peritos Rita «la Cantaora». El asunto fue que, al dejar de estudiar, no le renovaron la prórroga por estudios, siendo llamado a filas para el servicio militar y «hacerse un hombre», tal y como se decía entonces.

De esta guisa, le notifican un día a principios del 90 que le había correspondido destino en el Cuartel de Instrucción de Marinería de Ferrol (CIM), sexto reemplazo, para recibir la instrucción básica militar y posterior jura de bandera. Lo que se venía a llamar entonces «el campamento».

—¡Mi gozo en un pozo, me cago en la puta! —se lamentaba Brais al leer la carta certificada del Ministerio de Defensa—. ¡Ahora que tengo

trabajo, me sortean para la mili!, ¡ya es mala hostia, ya! ¡Dice aquí que si no me presento me declaran desertor...!

Así fue como, por medio de un amigo que preparaba oposiciones, se enteró de que la convocatoria de la 96.^a Promoción de la Guardia Civil iba a ser publicada en breve. Se presentó por aquello de hacerse con un puesto fijo y dejar la mili para los amantes del ejército, ¡no vaya a ser! Que lo de desertar no iba con él...

—¡Hola, Brais! —saludó Cíes, entrando decidida en las dependencias.

—¡Buenas, Cíes! ¡Espera, espera! —La detuvo Brais en la entrada.

—¿Qué? —Miró interrogativa.

—Acaban de llamar. Esta noche...

Cíes Marcos, igual que Brais, también era guardia eventual de la 96.^a Promoción y recién incorporada a la unidad. Con la salvedad de poseer mejor número de escalafón que él, motivo por el que, en ausencia de sub-oficial, cabo o guardia veterano que ostentase el mando, había tenido la «suerte» de llegar y besar el santo: salir de la academia y pasar a ser la comandante de puesto interina.

—¿Qué me dices...?

Era hija del cuerpo. Natural de Redondela, los traslados de su padre habían hecho que desde pequeña residiesen en diversas poblaciones de la comandancia, dejando así amiguetes en variadas localidades o sin sentirse arraigada a ninguna, vaya usted a saber. Pero la última y más larga de las etapas había sido en Tui, donde había terminado sus estudios de bachillerato y COU, para presentarse después a las oposiciones de la Guardia Civil. Era el que consideraba su pueblo, donde más tiempo habían permanecido. Aprobó a la primera, con dieciocho años. Además, era de la tercera promoción de mujeres de la Guardia Civil. Cuerpo militar y de hombres, la Guardia Civil aún no había sabido adecuarse ni darle espacio a la mujer; comenzaba la andadura. Pero ella se había criado en cuarteles, entre el olor a limpieza de las armas y el eco de las risas uniformadas, en ese ambiente de camaradería que reinaba. Le gustaba, lo llevaba en la sangre.

—Eso, Cíes, que llamó un paisano diciendo que esta noche va a haber una cornetada, y ya sabes lo pesado que se puso el jefe de línea con lo de las cornetadas, que si hay que ir, que si no se pueden permitir, que si lo

llaman de arriba, que si hay que trincar a los cabecillas, que si patatín que si patatán...

—Vale, vale, tranquilo —cortó Cíes gesticulando—. Voy a dar cuenta. Pásame el teléfono del señor porque tengo que hacerle unas preguntas...

Hubo tiempos en que en la Galicia rural se celebraban bodas en secreto. ¿Por qué? La tradición nos dice que porque los novios no querían invitar a vino a los mozos de la parroquia ni agasajarlos con el baile correspondiente... Lo que está claro es que las cornetadas se hacían cuando los mozos consideraban que se iba a llevar a cabo un matrimonio digno de escarnio o reproche: un viudo que se volvía a casar, hombres mayores con chicas jóvenes, adulterio, viudos que convivían pronto, parejas que se juntaban sin casarse, etc.

Cuando la mocedad descubría el acontecimiento, se organizaba la cencerrada. El primer paso era bautizar a las víctimas; lo que viene a ser un mote o apodo de toda la vida. En O Baixo Miño aparecían nombres como Tabeirón y Muralla, Anticipado y Culebrina, Colombo y Saldaña, Teixugo y Cabra, Careco y Cachucheira o Cocodrilo y Coimbra. En el caso de estos últimos, el interfecto fingió sentir la muerte de su mujer enferma para irse a los dos días con una portuguesa.

En esta comarca hacían «cornetada con cornos y calderos vellos a un viudo en su boda, o cuando uno venía de otra parroquia e non quería pagar a festa. Se le botaban cantigas y era lo que más molestaba». Consistía en una reunión de personas, normalmente en los montes cercanos, donde, de madrugada, hacían sonar de manera estruendosa todo tipo de instrumentos: cuernos de vaca o buey de medio brazo, trompetas, cornetas, cazos y cazuelas, caracolas y aparatos de elaboración casera. Duraban nueve noches. Si no había pago, el décimo día se procedía al entierro, con procesión de velas, falsos eclesiásticos contando la vida de los «difuntos», ataúdes arrojados al río y muñecos de paja quemados al son de las gaitas.

Cuando la cornetada adquiría tintes excesivos, las víctimas reaccionaban con violencia, disparando cartuchos de fogueo o saliendo a estacazo limpio. Esto solo conseguía llamar a las fuerzas del orden, y cuando

aparecía la pareja se le cantaba: «Esto vai por arriba dun rail, escapar todos que ahí ven a guardia civil».

—Ya está... —Cíes se acercó a Brais—. El jefe de línea nos manda a todos a la cornetada, excepto al de puertas, claro...

—¿A todos? —Brais miró sonriente.

—Brais, solo somos cinco..., y el de puertas se queda. Dice el brigada que vendrá con su conductor y mandará las parejas que pueda...

—Tranquila, Cíes, haremos lo que podamos. —Brais sonrió nuevamente—. Total, ¡una cornetada es una cornetada! Tampoco es que sea una organización criminal...

—¡Qué exagerado!

—Es la verdad... entiendo que al afectado le joda, pero de ahí a movilizar a todo un puesto de la Benemérita, ¡con refuerzos de otras unidades!, para ir por el monte tras ellos...

—Pues sí, pero aquí es algo típico y no hay manera. Ya ves cómo respiran los mandos: a perseguir y a trincar... En fin, tranquilo, que no pasa nada...

Cíes tomó su viejo Corsa y se fue a Tui. Empezaba a fallar la batería, aunque a la cuarta arrancó. Menos mal.

Antes de meter primera, buscó en la guantera una cinta de casete con el título *The Voice – Blue Eyes* escrito con pulcra caligrafía con rotulador azul. El clic mecánico del radiocasete dio paso a la voz barítónica de Frank Sinatra cantando *Fly me to the moon*. Era su pequeño ritual; mientras el resto de su promoción escuchaba el pop que daban por la radio, ella prefería la seguridad y la clase de Franky.

Era la comandante de puesto interina por tener el mejor número de escalafón de los cinco miembros que componían la plantilla; todos de la misma promoción, todos hombres. Aunque la norma la obligaba a residir en el acuartelamiento y disponía de un pabellón de solteros para ella sola, pasaba tantas noches en casa de sus padres, en Tui, como en Tomiño. «Total, está cerca, en diez minutos voy de un lado al otro», pensaba para sí al ritmo del *swing* que salía por los maltrechos altavoces.

En Tui desconectaba del trabajo. Su madre era joven, muy joven, ya

que la había tenido con solo diecinueve años, los mismos con que contaba Cíes en aquel momento.

—No te cases, hija, disfruta, que todo llega... —le decía la madre sonriendo—. ¡Hay tiempo para todo! ¡Quién me pillara a mí así, con tu edad! Con tu trabajo, tu carné de conducir... ¡me iba a casar yo por aquí para arriba! —gesticulaba efusiva.

Mantenían una fuerte conexión. Tenía más hermanos, pero la relación entre ellas era única. Quizás por ser la primogénita, por haberla parido tan pronto... quién sabe. De hecho, su nombre también venía de ahí. Cuando su madre estaba encinta, su padre fue destinado a Cangas do Morrazo.

Los años 70 eran otros tiempos, otra disciplina, y la Guardia Civil era muy distinta a la de ahora. Los servicios eran largos y agotadores. Su madre, si el tiempo lo permitía, recorría el paseo en un sentido y otro, hasta que se le terminaba la población hacia Moaña o hacia Bueu, mirando siempre al mar, aspirando los aromas de la ría y atendiendo a la playa con la vista puesta en las islas Cíes.

Acariciaba su barriga y se dirigía a la niña como si la tuviera delante, manteniendo largas e intensas conversaciones. Le contaba sus cosas, sus problemas, sus sueños... Sabía que era una niña porque su intuición no le fallaba, y su niña se llamaría Cíes. Porque sí. Porque le gustaba, porque era bonito y porque aquellas islas que se plantaban ante sus ojos se mostraban como un auténtico paraíso terrenal. Y si al cura le gustaba, bien; si no, le daba igual. Sería Cíes por lo civil o por lo criminal.

Nació en Vigo, en la Residencia Sanitaria Almirante Vierna —el «Pirulí», hoy Ciudad de la Justicia—, y su padre, con la partida de nacimiento en mano, se fue al registro civil de Redondela, de donde era oriunda la madre.

—Buenos días tenga usted, señor Cosme —dijo el flamante padre.

—¡Hombre! Buenos días, señor guardia. ¡Diga usted!

Se dieron la mano afectuosamente y Ángel, el padre, tendió el certificado. Don Cosme lo ojeó por encima de sus pequeños lentes a velocidad de vértigo.

—¿Y cómo le ponemos?

—Pues Cíes le ponemos...

—¿Cómo...? —preguntó el administrativo desviando la mirada hacia Ángel.

—Cíes...

—¿Y qué nombre es ese?

—El que le gusta a su madre, señor Cosme.

—Pues nada más que decir, Cíes le ponemos —sentenció mientras escribía con el bolígrafo sobre aquel libreto cuadriculado—. Cíes María Marcos Domínguez, nacida en Redondela el 22 de abril de 1972, hija de Ángel Marcos Cifuentes y de María Domínguez Ramos.

—¿Y el María, señor Cosme?

—Todas las niñas son Marías, señor guardia.

—¿Y Cíes solo?

—Cíes María.

—Dios le bendiga.

—Lo mismo digo.

A las 22:30 horas de ese jueves de verano, asomaron cuatro coches oficiales a las puertas del cuartel. El brigada jefe de línea con su conductor en el primero, y una pareja de guardias en cada uno de los tres restantes. Allí presentes y correctamente uniformados con los trajes de campaña Cíes, Brais, José Manuel y Jesús. Humberto, de puertas, con su traje de diario y sombrero negro, más conocido como tricornio.

—A sus órdenes, mi brigada. Sin novedad, buenas noches —saludó marcialmente Cíes con un taconazo.

—Buenas noches, chicos —respondió al saludo el suboficial—. ¿Cómo está la cosa, Síííí?

—Todo según lo previsto, la cornetada sigue adelante. Hoy van a montarla donde los Altos de Torona.

Llegaron a la zona del mirador. Se presentaba una noche despejada, limpia, calurosa, pero oscura como la boca del lobo. Cíes comprobó en su Calendario Zaragozano que era luna nueva.

—Claro, así está oscuro, luna nueva... —se dijo para sí misma—. Vaya pájaros... ¡las piensan todas!

Se fueron desperdigando por parejas. En medio del silencio, Brais

intervino:

—Cíes —susurró—, joder, que estoy medio rayado ¿Por qué el brigada te dice Síííí?

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Síííí? —imitó burlona—. Me conoce desde siempre. Es de la promoción de mi padre, estuvieron juntos en Úbeda, y aquí también coincidieron en alguna unidad. Cuando nací estaban los dos destinados en Cangas, así que mira tú...

De pronto, el *walkie-talkie* rompió la placidez:

—A todas las unidades... recibida llamada en dependencias, efectuando cornetada en alrededores de localidad. Repito: cornetada en alrededores de localidad...

—Nos la dieron con queso, Brais —soltó Cíes apurando el paso.

—Fijo, Cíes. ¡Qué capullos! —Se rio Brais.

La correría nocturna fue un caos. Cada pareja iba a su aire. Los mozos se reían, pegaban tiros al aire y corrían como galgos por la oscuridad absoluta. Al encender la linterna, las parejas se descubrían, vendidas. Aquella noche la Guardia Civil no iba a hacer más que el ridículo. A las cinco de la mañana, tras tres fuertes pitidos secos y un silbido de cuerno, desapareció todo el mundo. Lo que había sido jolgorio se tornó en un silencio categórico. Las parejas se fueron reuniendo en el cuartel.

—Buenas noches, buenas noches... —dijo el brigada—, un minuto de atención y nos vamos a dormir... Si alguna pareja ha sufrido incidencia, lo que sea, accidente, caída, ha identificado a algún cornetante de estos, le han pegado, ha pegado... pues levantamos el servicio y nos retiramos hasta mañana. Cualquier incidencia, se la comuniquen a Cíes oficialmente. Síííí, mañana a media mañana llámame y organizamos.

Cada mochuelo a su olivo, a dormir todo el mundo. Los eventuales se retiraron al pabellón de solteros, mientras el eco de las burlas aún parecía flotar en el aire húmedo de la noche.

CAPÍTULO IV

LA EVAPORACIÓN

Viernes, 12 de julio de 1991

¡Pum, pum, pum, pum!

Llamaron repetidamente a la puerta, con contundencia. Cíes abrió los ojos, despertando de un profundo sueño, aletargada.

—¿Qué pasa...? —Comprobó la hora en su primitivo despertador Casio, ese compañero de dos pilas que conservaba desde los diez años por ser un regalo de su abuelo. Marcaba las 09:13 horas. ¿Tan tarde era?

¡Pum, pum, pum, pum!

—¡Voyyyy...!

Se estiró, se desperezó como buenamente pudo y abrió. El guardia de puertas la llamaba, inquieto. Era el mismo de la noche anterior; el servicio era de 24 horas y el hombre ya lucía ese aspecto desaliñado y sin afeitar tras una noche en vela.

—Cíes, perdona las horas, es que hay que recoger una denuncia...

—¿Una denuncia, y no sabes recogerla tú solo?!

—Sí..., bueno..., es que esta es distinta. ¡Ven!

Se puso unas prendas deportivas, se aseó velozmente y corrió a la oficina. Allí esperaba un hombre de mediana edad, absorto, con la mirada perdida.

—Hola, Cíes —dijo Humberto—. Este es el señor Perfectino, que viene a denunciar una desaparición...

Cíes recibió la palabra como un bofetón. Se saludaron y le ofreció asiento.

—Buenos días. ¿Una desaparición? ¿Puede ser un poco más concreto?

—Es mi hija, Andrea. No sé si la conoce... Salió ayer por la tarde con sus amigas y no ha vuelto a casa.

—Aún es pronto, solo ha pasado la noche —reflexionó Cíes—, aunque ¡cuánto antes empecemos, mejor! ¿Suele faltar?

—¡No, no, para nada! Es la primera vez que no avisa. No durmió con ninguna amiga, ¡si solo tiene diecisiete años!

—Bufff, no sé qué decirle, señor Perfectino... De todas formas, tranquilo. Recogeremos la denuncia y organizaremos la búsqueda ahora mismo. Empecemos por la descripción física...

Cíes, aunque se mostró jovial y espabilada, sintió un nudo en el estómago. No le gustaba nada el asunto. Haber crecido en cuarteles le había enseñado que las noticias allí corren como la pólvora y que, desgraciadamente, las desapariciones de menores pocas veces terminaban bien.

Poco después, Cíes estaba al teléfono con el jefe de la línea.

—Mi brigada...

—Dime, Síííí. ¿Qué pasa? ¿Te has caído de la cama?

—A sus órdenes, buenos días. No me he caído, me han sacado. Acabo de recoger una denuncia por la desaparición de una chica de diecisiete años en Tomiño.

—¿Desaparición? ¿Qué me dices? ¿En Tomiño?

—En Tomiño, afirmativo...

—¿Tienes la descripción? ¿Hablaste con los padres?

—Sí, el padre estuvo aquí. En un rato iré al domicilio para hablar con la madre y localizar a las amigas. Quería informarle para actuar cuanto antes.

—Bien hecho, Síííí.

—¿Podría no llamarme Síííí?

—¿Y eso? Si te lo llamo desde que eras como un botón..., ¿y tú quieres dejar de tratarme de usted?

—Es por el qué dirán, mi brigada. No quiero que los compañeros crean que hay favoritismos. Con ser la primera mujer en el puesto ya tengo bastante.

—Bueno, pero para mí los hay —sentenció el veterano con afecto—. Te conozco desde que naciste, hice la academia con tu padre... ¿Qué quieres que te diga? Pero descuida, no se notará. Dale cuenta al juzgado mientras yo reúno personal para la batida.

—¡A sus órdenes!

—Te voy a mandar a la mierda... —rezongó el brigada con una sonrisa antes de colgar.

Cíes ya había colgado el teléfono y se dirigía al domicilio de la chica. Vaya marrón. Hacía cuatro días que saliera de la academia, guardia civil eventual, de regalo comandante de puesto y ahora la desaparición de una menor.

Era el primer caso importante que se le presentaba. Sabía que tendría muchos ojos encima; demasiados, con toda seguridad. Debía actuar con tiento, rápido y bien, consciente de que es muy fácil hablar desde el otro lado de la mesa. Y quien dice desde el otro lado de la mesa, dice desde un despacho en la céntrica calle de Loureiro Crespo, en la regia y vetusta comandancia de Pontevedra. O desde la zona, en A Coruña; o incluso desde una oficina en la Dirección General en Madrid, con esa desigualdad de planos que la burocracia provoca.

Siempre iban de superiores; ya lo decía su padre y lo repetían los veteranos. Por algo sería.

Para Cíes, el verdadero trabajo estaba allí, en el puesto, en la unidad más pequeña. Allí es donde se trata con las personas, se convive, se toma el café y se comparten las confidencias que resuelven casos. Lo demás le parecían cuentos chinos, estadística y estudios que decían que si patatín o si patatán... ¿Qué más daba? A ella lo que le importaba era la realidad que tenía entre manos.

Repasando a conciencia los pasos a seguir, decidió llamar a Brais para, entre los dos, recopilar la máxima información detallada sobre Andrea. Había que cubrir todos los frentes posibles: empezando por la familia —padres, abuelos, hermanos, tíos— y siguiendo por las amigas con las que había pasado la tarde. Necesitaba saber cuándo y cómo dejaron de verla, si la acompañaron o se fue sola, si había algún noviete o amigo de última hora.

Después vendrían los círculos más lejanos: compañeros de instituto,

profesores... cualquier dato, por nimio que pareciese, podía abrir una vía de investigación. También debían registrar a fondo el domicilio y los lugares que Andrea solía frecuentar. Si era preciso, llamaría a la Policía Judicial para que tomaran huellas y muestras; para eso estaban ellos, que eran los profesionales.

Caminaba repasando mentalmente el orden de las canciones que había grabado en su cinta *The Voice – Blue Eyes*. En momentos de máxima tensión, su cerebro recurría de manera instintiva al fraseo elegante de Sinatra para poner orden en el caos de leyes, reglamentos y protocolos que se agolpaban en su mente. Tarareaba para sus adentros *Strangers in the night*, dejando que el ritmo la acompañara. Así de ensimismada caminaba Cíes cuando, sin darse cuenta, se encontró llamando al timbre frente al domicilio de Andrea.

Una casa unifamiliar con una pequeña finca delante, lo justo para un garaje y un huerto menudo. Al remate del casco urbano, dirección Hospital. Eran poco más de las 10:30 horas.

Accedió al interior y charló distendidamente con su madre, siendo sabedora de que, aunque nerviosa, la mujer no era consciente de lo que significaba una desaparición. Le había servido un café que le recordó al de su propia madre, y le había contado la vida con pelos y señales como si estuviese la chica presente y fuese una conversación relajada entre amigas.

Entretanto llegó Brais uniformado y con el coche oficial. «¡Ostras, es verdad, había salido de cualquier manera para recoger la denuncia y..., ni se había acordado de uniforme, coche ni gaitas. Nada. Bueno, pues ahora la cosa está así, ya está».

Mientras ella terminaba de tomar declaración a la progenitora, Brais revisó la habitación de Andrea. Tomó unas libretas manuscritas y poco más. Nada llamaba la atención ni se encontraba fuera de lugar; nada les parecía extraño. No había notas de despedida, sus ahorros permanecían guardados, no faltaba prenda de ropa alguna ni documentación. Había que investigar su vida a fondo.

Cuando marcharon al acuartelamiento, la entrada se hallaba repleta de coches. Casi todos eran oficiales, y no había sitio para el suyo. Brais, al

volante, soltó una perla en forma de taco: «¡Su puta madre!».

Cíes se mosqueó. Fue a llamar la atención al guardia de puertas por el desorden del aparcamiento, pero sintió demasiado movimiento en el interior. Mucha gente, mucho uniforme. El brigada, al verla llegar, se acercó de inmediato.

—Buenos días, Síííí. Aquí estamos con todos los refuerzos de personal disponibles para la búsqueda...

—¡A sus órdenes, mi brigada! —dijo Cíes adoptando ademán marcial, aunque sin saludo militar por ir de paisano—. Venimos de tomar manifestación a los familiares, pero..., ¿esto qué es? ¿Tanta gente?

—Déjate de «a sus órdenes», Síííí. Además... ¿y el uniforme?

Cíes se ruborizó. En otra situación, con más tablas, lo habría capeado sin inmutarse, pero ahí le pesó la inexperiencia. Se puso roja como un tomate.

—Es que como era para recoger una denuncia aquí mismo, en la oficina... —Cíes señaló el despacho donde se vislumbraba a un hombre de paisano—. Salí sin vestir, me acababan de despertar... ¿Quién es ese que está en mi oficina?

—Tranquila, es el secretario del juzgado —dijo el brigada sonriendo—. Está levantando acta de los participantes en el reconocimiento sobre el terreno y extendiendo las pertinentes autorizaciones... por si hiciesen falta.

Cíes enrojeció aún más. Sentía un bochorno creciente; le recriminaba internamente al brigada por haber traído al secretario judicial sin avisar... ¡Menos mal que era este brigada y no otro!

—Todo lo que sea judicial, aprovecha que tenemos al secretario ahora —continuó el suboficial—. No dispondremos de él toda la jornada; vendrá hasta iniciar la búsqueda y luego se irá. Cualquier cosa, si tienes que adelantar diligencias o tienes dudas, ya sabes...

Cíes comenzó a sentir, por primera vez en su corta carrera, la sensación de verse superada. Todo le venía encima. Claro, era la comandante de puesto, la cabeza visible. La que tenía que poner la cara ante los de arriba por el mando de la unidad y ante los compañeros por ser la que manda.

«¿Y esto lo pedí yo?», se preguntó. Ella quería ser guardia como su padre, investigar y resolver casos, o hacer alguna especialidad de esas